

Garaudy, cismático

«**R**EVISIONISTA y cismático»: Roger Garaudy ha recibido del Buró Político del partido comunista francés —al que aún pertenece— las más graves acusaciones que se pueden hacer a un teórico marxista. Es una respuesta a su nuevo libro «Le grand tournant du socialisme» («El gran giro del socialismo») y lo es, sobre todo, a una rebeldía continua dentro del partido al que pertenece desde hace treinta y tres años. Y al que, posiblemente, dejará de pertenecer cuando se reúna el congreso del partido, en el mes de febrero. Garaudy cesará, sin duda, en sus puestos del Buró Político y del Comité Central. La exclusión del partido es muy probable. Se decía en París que le sostenía aún Waldeck Rochet. Pero el secretario general está ahora gravemente enfermo, y se prepara ya su sucesión. Por otra parte, las últimas «herejías» de Garaudy son ya difíciles de sostener.

El primer problema visible con el partido lo tuvo ya en 1945, a raíz de la publicación de un artículo titulado «Artistas sin uniforme», donde se alzaba contra el «realismo socialista» y, en general, contra la idea de una estética comunista. Fue atacado inmediatamente por Aragon —que hoy está en la línea de Garaudy y que es también continuamente criticado por su desviacionismo— y Garaudy remendó su posición mediante una autocrítica oportuna. Fue la primera. La segunda debió hacerla a propósito de unas tesis acerca de la juventud comunista. Su tercer tropiezo fue por causas opuestas. Una tesis de doctorado sobre «La teoría materialista del conocimiento» fue considerada demasiado rígida por «Cuadernos del Comunismo» y por «L'Humanité», en 1953. Su libro «Por un realismo sin orillas» —prefacio, Luis Aragon, su antiguo fiscal y ahora adepto— defendió la idea de que escritores como Kafka y Saint-John Perse, pintores como Picasso, podían ser considerados plenamente como «realistas» y estar incluidos en la ortodoxia marxista. «El realismo de nuestro tiempo —concluía Garaudy en su aquel libro— es creador de mitos, realismo épico, realismo prometi-

co». Y Aragon, en su prólogo: «No se trata de una revisión del marxismo, sino de su restitución. Y de terminar con la práctica dogmática en la historia, en la ciencia, en la crítica literaria de la utilización del argumento de autoridad, la referencia a los libros sagrados que cierra la boca y hace imposible la discusión. Por limitarle al ejemplo de la literatura, la referencia a Engels, a ese texto de Engels que pone a Balzac en su justo lugar, ha servido para aplastar a todo aquello que no es Balzac. **Hombres** que se creían así marxistas establecían

de ese modo una jerarquía intocable en las obras de arte, olvidando que si Engels no ha hablado de Stendhal ha sido únicamente porque no le había leído. No comprendían en absoluto que el **ejemplo** de Engels no es el **texto**, la frase sobre Balzac, sino el comportamiento de Engels ante Balzac, y que seguir ese ejemplo no es recitar una oración, sino ser capaz, ante otro **hecho**, de examinarlo con la inteligencia de Engels o de Marx». Esto ocurría en 1963. La coyuntura de la destalinización y del «deshielo» daba margen para ello.

El libro de Garaudy, en 1969, ha continuado, quizá culminado, una escalada de su autor en el distanciamiento de las tesis oficiales y, sobre todo, de la Unión Soviética. Garaudy estima, en «El gran giro del socialismo», que Brejnev ha superado a Stalin en estalinismo, y alude para ello a Checoslovaquia, a la orden dada a los tanques para «suprimir el comunismo checo, que era un intento de crear un socialismo modelo correspondiente a las necesidades de una sociedad altamente desarrollada». Stalin no llegó a **invadir** Checoslovaquia. Fue

EL GRAN GIRO DEL SOCIALISMO